

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V5

Capítulo 88: ¡Es el demonio zanahoria! ¡Estamos condenados!

En las tranquilas horas de la noche, alrededor de las 2 am, León, medio dormido y apoyado contra un árbol, fue despertado por gritos excitados provenientes del bosque.

¡Papá! ¡Maestra Mevis! ¡Encontramos la ficha!

León se levantó rápidamente, parpadeando para eliminar los últimos rastros de sueño, y se giró hacia el sonido.

Noa y Helena corrían hacia ellos con amplias sonrisas. En la mano de Noa brillaba el codiciado objeto de su prueba: el emblema de la Academia St. Heath.



“Parece que mi hija mayor sabe cómo hacer las cosas”, pensó León con orgullo, mientras su pecho se hinchaba de orgullo paternal.

Miró a Mevis, que estaba sentada en silencio al otro lado de la fogata. Su expresión serena sugería que había esperado este resultado desde el principio.

“¡Maestro, hemos completado la tarea!”

Noa le entregó la ficha a Mevis, quien la inspeccionó cuidadosamente antes de asentir con aprobación. Echó un vistazo a su reloj de arena.

¡Bien hecho! Lo lograste en unas diez horas, un tiempo excelente comparado con pruebas similares de años anteriores.

Mevis les dio unas palmaditas en la cabeza a Noa y a Helena.

“Ustedes dos lo hicieron maravillosamente”.

“¡Gracias, Maestro!”

Helena rió entre dientes. «Pero, sinceramente, ¿Noa hizo la mayor parte del trabajo! Casi me quedo dormida mirando el mapa la mitad del tiempo».

Mevis rió suavemente. «El trabajo en equipo se trata de que cada miembro cumpla con su parte, Helena. No te subestimes».

León, observando la escena, intervino: “Está bien, descansen y comamos algo antes de regresar al amanecer”.

“¿Gran idea!”, coincidieron Noa y Helena al unísono.

Mevis abrió su mochila y sacó unas raciones cuidadosamente empaquetadas. Para asombro de Leon, la comida parecía mucho más apetitosa que el pescado asado de antes. Se colocaron porciones equilibradas de carne, verduras y cereales, claramente diseñadas para garantizar su nutrición y sabor.



—Este es para ti, Noa, y este es para Helena. Calientalos y estarán listos para comer —indicó Mevis.

“¿Gracias, Maestro!”

León miraba la comida con envidia, con un tic en el ojo. Su mente se llenó de indignación.

¿NMD! ¿WSM!

¿Por qué el profesor Mevis trajo raciones perfectamente buenas, pero antes tuve que comer pescado que puede o no haber nadado a través de la contaminación?

Sus quejas internas debieron estar escritas en todo su rostro porque Mevis notó su expresión y sonrió con complicidad.

—Toma, Príncipe, éste es tuyo —dijo, entregándole otro paquete de raciones.

León se animó al instante. “¿Ah? Incluso me guardaste uno, ¿eh? Supongo que perdonaré lo del... pez de antes”.

Abrió el paquete con entusiasmo, pero su rostro se ensombreció.

¿Zanahorias? ¿Por qué hay tantas? ¿Esto es una traición a la confianza!

Se quedó paralizado, mirando fijamente la ofensiva verdura naranja como si fuera su enemigo mortal.

—Papá, ¿por qué no comes? —preguntó Noa inocentemente, inclinando la cabeza.

—Tío León, ¿no te gusta? ¿Acaso no comes zanahorias? — bromeó Helena, con su sonrisa traviesa echando más leña al fuego.

León tartamudeó: “No, no, no es eso...”

Justo cuando estaba a punto de declarar su disgusto, Mevis intervino, tendiéndole un paquete de raciones diferente.

—Uy, me equivoqué. Ese era mío. Aquí tienes el tuyo, Príncipe.



León dudó, pero cambió de paquete. Al abrir el nuevo con cautela parpadeó sorprendido. Dentro había rebanadas de filete perfectamente cocinado, acompañado de puré de papas y verduras. Ni una sola zanahoria a la vista.

—Maestro Mevis... ¿no hay nada que no se le ocurra? — murmuró, un poco avergonzado por sus suposiciones anteriores.

Mevis sonrió, pero no respondió. Se giró para ayudar a Noa y Helena a calentar la comida. El cálido resplandor del fuego se reflejaba en el trío mientras charlaban y reían, su vínculo era evidente.

León permaneció sentado en silencio, observándolos con expresión inescrutable. Finalmente, volvió la mirada hacia el fuego, absorto en sus pensamientos.

Dos semanas después – Santuario del Dragón Plateado

En el gran salón del Santuario del Dragón Plateado, Rosvisser dejó su pluma y miró a Leon.

“¿Vas a visitar al antiguo clan de Mevis?”

León asintió. —Sí. Dice ser del Clan Dragón de la Luna Negra, pero fueron exterminados hace décadas durante la guerra. Si es cierto, no debería quedar mucho que ver.

—Pero hay algo en ella que no me cuadra —continuó León—. No puedo explicarlo, pero hay algo en los detalles, en los detalles, que no cuadra. Si no puedo investigarla por los canales normales, tendré que ir yo mismo.

Los ojos plateados de Rosvisser se suavizaron al considerar sus palabras. Tras un momento, asintió.

—Está bien. Iré contigo mañana.

León parpadeó, sorprendido por su aceptación inmediata.

"Confío en tus instintos", dijo Rosvisser simplemente. "Si crees que algo anda mal, estaré ahí para enfrentarlo contigo".

Su determinación era clara. Como madre y reina, Rosvisser no estaba dispuesta a permitir que nada pusiera en peligro a su familia.

A la mañana siguiente, los dos partieron hacia las ruinas del territorio del Clan Dragón de la Luna Negra.

El viaje fue tranquilo, León sumido en sus pensamientos la mayor parte del tiempo. Rosvisser, comprendiendo su temperamento, se abstuvo de romper el silencio. Conocía a su esposo lo suficiente como para dejarlo procesar sus pensamientos sin interrupciones.

—Rosvisser... —dijo finalmente León, rompiendo el silencio.

"Estoy escuchando", respondió ella.

"Tengo la sensación de que esto nos está llevando a algo más grande", dijo con tono serio.

"¿Algo más grande que Mevis?", preguntó Rosvisser.

León asintió. «Mucho más grande».

El viento azotaba su oscuro cabello mientras miraba a la distancia; sus profundos ojos negros reflejaban tanto la



determinación como el peso de las batallas que estaban por venir.

Traducido por:

กณฐก - RexScan

